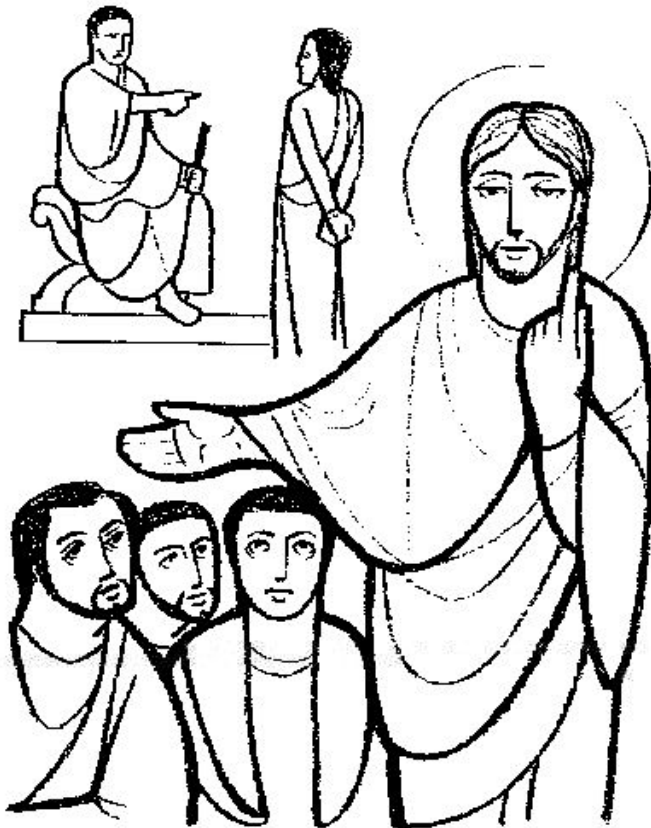


DOMINGO 12 DEL AÑO “A”

Jer 20,10-13 + Rm 5,12-15 + Mt 10,26-33



■ La situación.

Estas palabras del evangelio de Mateo van dirigidas a una comunidad que se encuentra perseguida y quieren darle ánimos en su compromiso con evangelio. En pocas líneas se repite tres veces: “*no tengáis miedo*”. Si se considera la situación de entonces, los cristianos eran una minoría. Ya en los primeros tiempos hubo una resistencia masiva contra su fe y su nueva religión. Pero vendrían tiempos peores. Dos siglos y medio después de la muerte y resurrección de Jesús tuvieron lugar las grandes persecuciones contra los cristianos. Fueron tiempos de prueba en los que buscaron apoyo en estas palabras: «*No tengáis miedo*».

Nuestra situación es muy distinta. Vivimos bien. A menudo nos preocupa más el cuerpo que Dios. Hoy los discípulos de Jesús, al menos en Europa, no padecemos una persecución abierta. Aunque para nosotros no sean actuales las palabras de Mateo, sin embargo lo siguen siendo para numerosos cristianos en el mundo que viven situaciones de opresión y persecución.

En nuestra sociedad no arriesgamos la vida cuando manifestamos nuestras convicciones religiosas. A pesar de ello tenemos la experiencia de que el respeto humano nos puede impedir decir o hacer lo que tendríamos que decir o hacer en determinadas ocasiones. Podemos toparnos con la hostilidad declarada y también con la indiferencia. Tal vez la persecución peor sea la ausencia de persecución, o sea el ser ignorados, tenidos por inofensivos, no tomados en serio. ¿De qué sirve nuestro testimonio si choca con un muro de indiferencia?

■ ¿Por qué no decimos lo que pensamos?

¿Tenemos miedo a otra opinión? ¿A qué van a decir o pensar mis colegas o superiores? Callamos y camuflamos nuestra fe entrando en una espiral de silencio. ¿Tenemos más miedo al juicio de la gente que al juicio de Dios? El miedo a que sepan que somos cristianos en ciertos ambientes en que ser cristiano se considera reliquias del pasado no políticamente correcto. A veces hemos sido cobardes y hemos preferido callar, cuando otros se han reído de nuestra fe cristiana. A veces ha pasado que por miedo a ser ridiculizado, a que se burlen de mí, no he mostrado que soy cristiano. Gracias a Dios, hoy entre nosotros nadie es perseguido por ser cristiano, y tampoco nadie va a la cárcel por su fe. Pero puede suceder que otros se rían y hagan chistes a costa de nosotros porque vamos a misa, comulgamos o nos arrodillamos ante un confesionario.

Mucho de lo que los hombres hacen o dejan de hacer no surge de su interior, sino por no querer defraudar las expectativas de los demás, por respeto humano, por temor al juicio de los otros. A veces hace falta una buena ración de valor para no hacer lo que todos hacen. Pero Jesús espera este valor de nosotros. Y nos promete: *“Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo”*.

■ El temor de Dios como antídoto

El evangelio pone el temor de Dios contra el temor a los hombres. El temor de Dios no hay que malentenderlo como un poder que nos mantiene aterrorizados. Todo lo contrario.

El evangelio nos lo ofrece como la vía que libera nuestra vida del temor a los hombres. Jesús dice a sus apóstoles que no deben temer a aquellos que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Cuando para los hombres es importante su alma y cuando se saben aceptados, queridos y protegidos por Dios, no tienen por qué temer a los que matan el cuerpo.

Exigencia. Lo que os digo en la oscuridad -dice Jesús- decidlo a plena luz. No en el templo o en el interior vuestro corazón. No con ambigüedades, sino con claridad. Confesando de palabra y con el ejemplo cristiano de las obras. Con franqueza y con valor. Con fortaleza. La fortaleza es la tercera de las virtudes cardinales: Prudencia, justicia, fortaleza y templanza. En este orden se menciona antes que la fortaleza, la prudencia y la justicia. Es como si se quisiera decir que sólo puede ser fuerte quien es prudente y justo. La prudencia es la capacidad de reconocer lo bueno como bueno y lo malo como malo y de obrar en consecuencia.

■ Eucaristía.

La celebración de la eucaristía tiene sus consecuencias. Aquí nos damos la mano en un saludo fraternal. Este gesto tiene que prolongarse y multiplicarse fuera del templo con unas manos que generan paz y reconciliación, que consuelan al triste y al enfermo, que acompañan al que está solo, que acogen a los de fuera. Ya sabemos que no son acciones importantes que van a cambiar el mundo, pero están hechas confiando en la ayuda de Jesús y están bendecidas por él. Aquí tenemos la oportunidad de incorporarnos a la corriente de los testigos de la fe, de confesar la fe sin miedo.